

GENTES DE AGOSTO

REMOLONA y perversa, gustosa de ser deseada, viene la noche después del largo cortejo de horas cálidas, soñolientas, implacables, con quietud de esfinge y majestad de desierto. Ya las zonas enemigas de sol y de sombra, la veta doble, azul y amarilla que alfombraba las cortesanas vías, la ha borrado la noche con suspiros de concordia, de frescura y de rebullicio.

El grito primero, el que arrastra el vértigo de la invasión, el que suscita rumores y salpica el aire azul con las notas gayas de las blusas, la noche le lanza. Estas noches de Madrid, que tienen un algo de embalsamadas, un poco de risueñas y bastante de bondadosas. Hasta en el cielo lucen estrellas que guiñan, maliciosas y crueles, sus pupilas de plata; hasta ciertos tejados grises, rotos, viejos, injuriados, alcahuetes de vencejos y gorriones, lloradores de sombra, cobertizos de infelices transeúntes en verano; hasta estos tejados parecen alargarse en supremo y definitivo esfuerzo, tal vez para mirar mejor estas noches cortesanas que, como antes dije, traen perfumes, frescuras, y á veces se prenden, como broche coquetón, á ese aro de plata que algunas gentes nombran luna.

Y en cuanto la noche llega, á despecho de su remolonería, y de su prurito mujeril —perdón, mucho perdón para ella— de verse requerida incesantemente, parece que las casas de Madrid se dilatan gozosas, que las puertas se abren con gloriosa espontaneidad; y á la vera de los ventanucos—en las bohárdillas—aparecen los botijos y las jaulas con grillos, y á rás de las aceras—en las calles—surgen las primeras nenitas que han dejado el obrador ó los quehaceres de su vida laboriosa y anónima, y salen al encuentro del primer donaire que pase para ofrendarle la primer sonrisa que les nazca.

El Madrid estival, pobretón, que ama los claveles y las polkas, y los pinares del Retiro, y las payasadas de Moncayo, y se estremece con «el crimen de esta tarde» y se interesa por el «se continuará» del folietín..., y no ha visto nunca el mar, y colecciona postales, y llora cuando el novio falta dos noches, y reza cuando truena, y alguna vez vá á los toros, y nunca se mete entre sábanas sin dedicar una plegaria de amor y de súplica á su «San Antonio», y se envuelve en mantones de Manila para bullir en las verbenas, y ríe por nada, y se hermosea con poco, y es sencillo, y es humilde, y es crédulo y es inofensivo... ese Madrid femenino, risueño, gracil, lastre de muchas almas hombrunas, y perversión de muchas almas yertas, rebulle ya por las calles, en busca de los bulevares, de las glorietas, de los paseos, donde haya reposo y frescura.

¿Han quedado muchos filósofos en la Corte?... ¿Queda algún poeta?... Esto, con ser trascendental cuestión, importa poco. No se trata ahora de hacer versos ni derivar meditaciones. Poco significa el leer-

las: lo agradable es vivirlas. Y, sobre todo, falten rimadores sensitivos ó filósofos ceñudos, nos queda, á pesar de las caliginosas torturas y de la mezquindad de alicientes, una nutrida corte de enamorados. Y los enamorados, estos días, y especialmente en estas noches de verano, son seres injertos en poeta y filósofo.

Acaso sea verdad que, al congregarse todas estas gentes en Recoletos ó en los bulevares ó en las *kermesses*, forman un conjunto exótico, disonante, nido de contrastes, ante los ojos del observador.

De ese observador que sale de su casa solo, mal humorado, después de leer en un tranvía un diario nocturno que le ha hablado de necedades sangrientas ó de majaderías políticas ó de las diversiones de una playa concurrida ó de la última contrata del *Posturas*.

Es funestísimo, en este tiempo, meditar solo, frente al velador de una horchatería, sorbiendo resignadamente á lo largo de la paja, el inevitable vaso de helado. Pero ¿me negaréis que es delicioso, exquisito, volandero y caricioso á la vez, el observar como pasean las muchedumbres?... ¿Hubo algún observador, aún el más intransigente, que se aburriera desde su rincón viendo desfilar á estas multitudes heterogéneas, zumbadoras, hijas del verano, engendradoras en el invierno de deleitosas evocaciones y de visiones melancólicas?

¿Hay alguna hora en invierno que no pase ante nosotros prendida á una blusa clara ó á una cabeza desnuda de mujer?...

En verano no se odia: quede esta mercancía ruin para el invierno, cuando nos la traigan los cierzos y las inclemencias y los contrastes sociales.

Ya veremos al invierno refugiado en las columnas de los periódicos, apenas Madrid se envuelva en pieles y en abrigos que, no sé si por misteriosa ley de afinidad, habrán de ser grises ú oscuros, recios y pesados con la pesadez brutal de todo lo que nace de opulencias. En invierno tampoco se ama; y si en invierno se sueña, es con el verano... Tal vez en invierno no se haga otra cosa que «vivir»... y ¡eh, señores filósofos!... hacedme el favor de definirme bien, sin saña, pero con proligidad, qué es lo que quiere decirnos la tal palabra.

Miremos sin rencor, sin prejuicios, á estas gentes que llenan los pocos lugares cortesanos donde se juntan el reposo y la frescura para ofrendarnos una sensación que sea caricia, desquite y olvido. Pensemos que estas gentes trabajan todo el día y aún tienen las almas lo suficientemente generosas, nuevas y poco cansadas, para soñar un poco.

Y para soñar en esta llanura castellana con cuatro acacias y media docena de estrellas, justo es que se apetezca la noche: de noche fulguran las estrellas, porque también son chiquititas y humildes, y solo pueden mirar con amor á la tierra, cuando se marcha su tirano el sol...

Emiliano RAMIREZ-ANGEL



EMILIANO RAMIREZ-ANGEL